

CAPÍTULO 3

Privatización de las guerras

Sr. Javier Martín Rodríguez¹

Introducción

Superado el mediodía del 8 de diciembre de 2024, el entonces todavía presidente de Siria, Bachar al Asad, se escabulló por una pequeña puerta del palacio presidencial en Damasco rumbo a un pequeño aeródromo de la capital con apenas un puñado de personas a su lado, tras engañar -una vez más- a sus asesores y colaboradores más cercanos. Apenas unas horas antes, en una tensa reunión mantenida junto a una treintena de oficiales del ejército y de los servicios de Seguridad e Inteligencia, había dado su palabra de que la ayuda militar extranjera estaba ya en camino, presta a actuar, y de que los rebeldes que desde hacía días avanzaban raudos desde Alepo jamás entrarían en la histórica capital de los Omeya. A su jefa de prensa, la ex-ministra Buthaina Shaaban, le había pedido que le escribiera y le llevara después unas notas para un discurso con el que pretendía alentar a la población y animarla a perseverar en la resistencia. Y a su jefe de Gabinete y vicepresidente, el poderoso y temido Ali Mamlouk, le había comentado que se encontrarían más tarde en el despacho para cerrar detalles de su aparición en la televisión nacional. Ni siquiera su

¹ Periodista español con extensa trayectoria en la Agencia EFE, actualmente se desempeña como director de la Agencia EFE en Chile. Es licenciado en Filología Árabe y Hebrea y ha trabajado como corresponsal de guerra en múltiples zonas de conflicto (Irak, Líbano, Siria, etc.). Su labor ha sido reconocida con prestigiosos galardones, incluyendo el Premio Internacional de Periodismo Julio Anguita Parrado en 2018 y el Premio Cirilo Rodríguez en 2019, además, de ser autor de varios libros especializados en Medio Oriente.

hermano Maher, comandante de la 4ª División blindada de elite, la guardia pretoriana que protegía desde hacía décadas el régimen dictatorial del clan Al Asad, conocía su plan de huida, que incluía un vuelo discreto a la base aérea de Hmeimim, cedida a Rusia en Latakia, la provincia natal de su familia, y otro más largo, pero igual de clandestino a Moscú, destino final para su auto exilio.

Los preparativos para la fuga habían comenzado, no obstante, un mes antes con un desplazamiento igual de furtivo a la capital rusa en busca de un encuentro secreto con su aliado -antes que amigo- Vladimir Putin, quien según fuentes abiertas de seguridad le hizo esperar en un hotel gubernamental durante más de dos días, escenificando así su enfado por el deterioro de la situación en Siria, y en particular en la región noroccidental de Idlib, donde los rebeldes se afianzaban sin apenas resistencia y arriesgaban con ello la continuidad de la presencia militar rusa en la costa mediterránea siria, fundamental para la política neo-zarista del Kremlin. Especialmente en los alrededores del cruce entre las autopistas M4 y M5, que conectan Damasco, Latakia y las regiones del noroeste, amenazadas ya en aquel momento por las milicias bajo el mando de un yihadista confeso sirio devenido en líder mercenario conocido como “Abu Mohamad al Golani”.

Las lustradas botas de combate de Al Golani, cuyo poder prosperó en el seno de la organización salafista global Al Qaida, pisaron, sin embargo, los mismos mármoles pulidos por los que escapó Al Asad apenas 48 horas después de la artera fuga de este último. Una vez en palacio, el miliciano se despojó del uniforme de combate oliva, apoyó sobre la mesa el revólver personalizado que le había regalado un agente del Mosad y se embutió en un traje clásico de corte italiano coronado por una corbata granate de seda, símbolo para los salafistas de la opresión occidental. Un mes después sepultó su apodo de guerra y fue investido presidente de Siria con el nombre que al nacer le había impuesto su

padre: Ahmad Husein al-Sharaa. Semanas después, ya acomodado en el trono del tirano caído, viajó a Riad a agradecer los servicios prestados y recibir las felicitaciones y parabienes del presidente de Estados Unidos, Donald Trump, y otros autócratas y aliados de Israel en la región, como el príncipe heredero de Arabia Saudí, Mohamad bin Salman, o el presidente de Turquía, Recep Tayyip Erdogan, quien se sumó telemáticamente al conciliábulo. Su histórica reunión el 14 de mayo de ese año en una sala del palacio con el mandatario estadounidense, cuyo país había puesto precio a su cabeza una década antes, fue la guinda de un contorsionista periplo personal y político -desde el terrorismo a la jefatura del Estado- que significó, a su vez, la consumación definitiva de una estrategia geopolítica global impulsada desde la invasión ilegítima de Irak en 2003, y que ha transmutado la naturaleza de los conflictos en el planeta en general y en Oriente Medio y África en particular: la privatización total de la guerra a través de un lucrativo negocio que, junto al comercio de armas, combina el uso de milicias locales, compañías privadas de seguridad militar (PSMC², por sus siglas en inglés) y fuerzas de elite, procedentes tanto de los ejércitos nacionales como de los servicios de Inteligencia (Chesterman, 2009).

Mercenarios, un recurso ancestral tan viejo como la propia guerra

La existencia de los mercenarios y el negocio de las PSMC no son nada nuevo, es cierto. Han existido desde la Antigüedad, tan arcaicos como la propia guerra, pero su patrón de actividad ha mutado en los últimos ochenta años, en los que han tenido un desarrollo inusitado. Desde Alsa Masa, la fuerza anticomunista creada en Filipinas en 1984 durante la presidencia del controvertido Ferdinand Marcos, a los grupos armados El despertar,

² PSMC: Private Military and Security Companies.

impulsados por Estados Unidos en 2006 para luchar contra la insurgencia en las regiones suníes de Irak, pasando por las tribus Janjaweed en la región sudanesa de Darfur, los Guardias Comunitarios en México e incluso los Grupos Antiterroristas de Liberación (GAL) en España, las milicias y organizaciones paramilitares asociadas a gobiernos han sido una constante planetaria creciente desde, al menos, el final de la Segunda Mundial. Definidas como “grupos que se identifican como progubernamentales, a los que patrocina un Ejecutivo (nacional o subnacional), que no forman parte de las fuerzas regulares de seguridad, están armados y tienen una estructura organizativa jerárquica”, según la descripción clásica de Sabine C. Carey, profesora de la Universidad de Mannheim (Alemania), estas controvertidas organizaciones actúan en los límites más difusos de la legalidad, pese a que su actividad está regulada (ICoCA, 2025), en países en conflicto o en transición, y tienen lazos más o menos estrechos, más o menos visibles, con la autoridad bajo cuyos intereses prosperan.

De acuerdo con un estudio realizado por la propia Carey junto a los profesores Neil J. Mitchell, investigador del College London, y Christopher K. Butler, de la Universidad de Nuevo México (2014), “entre 1982 y 2007 los gobiernos de cerca de sesenta países estuvieron ligados y cooperaron con grupos armados informales dentro de sus fronteras”. Una cifra y un panorama que se ha multiplicado una década después, y que ahora incluyen una serie de particularidades que transforman estas entidades militarizadas en una amenaza distinta, más perturbadora y alarmante si cabe: superada la primera mitad de 2025, la mayor parte de ellas —especialmente en Oriente Medio y el norte de África—, son una versión evolucionada y perfeccionada de la multinacional norteamericana Blackwater, cuyo uso popularizó Estados Unidos tras la ilegítima invasión de Irak en 2003. Privatizado el rentable negocio de la guerra, en algunas regiones, especialmente las áreas rurales del norte del Sahel, nueva

frontera meridional de Europa, o en países en conflicto crónico como Libia, trampolín de la migración irregular en el Mediterráneo, algunas devinieron además en sólidas heterarquías (Meier, 2022), un novedoso concepto que alude a territorios gestionados por grupos armados y sostenidos en la economía informal donde la autoridad del Estado prácticamente se ha volatizado.

Más allá de sus estructuras y del poder que han comenzado a acumular en los territorios en los que se han asentado, una de las preocupaciones que inquietan a los expertos es su jaez una vez que las guerras han concluido, y la amenaza que suponen tanto para la buena gobernanza como para la defensa y el respeto a los derechos humanos. Con el conflicto armado como razón de su existencia, algunas se transforman enseguida en brazos ejecutores para políticas de represión y miedo que los gobiernos no podrían asumir. Como destaca Janice E. Thomson en su obra *Mercenaries, Pirates and Sovereigns: State-building and extraterritorial violence in early Modern Europe*, “pocos gobiernos se resisten a la tentación de consentir e incluso autorizar la violencia no estatal al tiempo que niegan su responsabilidad en la misma o en la rendición de cuentas” (Thomson, 1996). Existen a lo largo de las últimas décadas multitud de ejemplos significativos. Sirva como paradigma el de las milicias Janjaweed, martillo pilón del Gobierno sudanés en la codiciada región meridional de Darfur. Reclutada y espoleada con pretextos étnicos, esta tribu árabe tradicionalmente ligada al pastoreo y al comercio de camellos lleva sembrado el terror en el noroeste de Sudán y el este de Chad desde que en 2003 estallara una guerra con apariencia política, pero con rasgos evidentes de limpieza étnica. Los Janjaweed son parte del sanguinario expediente delictivo que se le imputaba al expresidente de Sudán, general Omar Hasan al Bachir, acusado de genocidio, crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad. Crueldades similares a las que se le atribuyeron en la extinta Yugoslavia a grupos como los Red Bares o los Tigres de Arkan, estos últimos salidos de una de las canteras

más prolijas del milicianismo y el fascismo, las gradas de los estadios de fútbol. Como señala Xan Rice en su artículo *Terror link of Village spared by Janjaweed* (Rice, 2006), las milicias y los grupos paramilitares suelen estar integradas por antiguos rebeldes, extremistas religiosos, radicales violentos del fútbol, bandidos, como es el “caso de los Janjaweed”, o bandas formadas en las calles, como los Chimeras, usados en Haití durante el régimen de Jean Bertrand Aristide (el mandatario caribeño contaba, además, con una guardia pretoriana de mercenarios entrenada por la Steele Foundation, una de las primeras PMSC estadounidenses de un sector ya entonces en expansión).

Son variados los beneficios políticos y económicos que el empleo de mercenarios reporta a los gobiernos, pero quizá el más controvertido sea que les facilita eludir la obligación de “rendir cuentas”, uno de los principios esenciales del Derecho Internacional y la herramienta que impide, en los procesos de transición, que los crímenes puedan repetirse, como recuerda el periodista irlandés Pady Woodworth, autor de *Dirty war, clean hands: ETA, the GAL and the Spanish Democracy* (Woodworth, 2003). “Los grupos informales permiten a los gobiernos trasladar la responsabilidad y usar la represión para un dividendo estratégico al tiempo que eluden cualquier responsabilidad”, insisten igualmente Mitchell, Butler y Carey en su ya citado estudio *The impact of pro-government Militias on Human Rights Violations*. Esta distancia tiene como principal consecuencia un aumento significativo de los abusos y una dificultad mayor a la hora de vigilar y refrenar a las milicias, las primeras interesadas en que persista una violencia de la que se lucran y que comparten con el crimen organizado. En este contexto, el descontrol es, además, mucho más acusado y peligroso cuanto más frágil es la autoridad estatal con la que se asocian. En una entrevista publicada en abril de 1987 por el diario *The New York Times*, Rolando Cagay, uno de los líderes de *Alsa Masa*, admitía que esta organización paramilitar filipina “fue útil para los militares ya que evitaba la investigación

sobre los abusos de los derechos humanos” (The New York Times, 1987) perpetrados en la ciudad de Davao.

Libia, el primer caso de éxito de privatización total de la guerra

En la última década, uno de los ejemplos por antonomasia de esta práctica se desarrolló con éxito en Libia, un Estado fallido, víctima del caos y la guerra civil, en el que las milicias condicionaron -y después se apropiaron- de la agenda política, imperando sobre su economía, desde que en 2011 Francia y Estados Unidos desencadenaron la caída del estrambótico Mohamad al Gadafi. Especialmente en la capital, sede aún hoy de un gobierno fantasma impuesto por la ONU tras el fracaso del plan de reconciliación impulsado en 2015 por el entonces enviado especial Bernardino León, quien al contrario de lo que le pedía su misión contribuyó a fortalecer el influjo de los grupos armados. Aunque sobre el papel la autoridad fue entregada a una entidad denominada de transición liderada en aquel entonces por Fayeza al Serraj, la realidad sobre el terreno en que fueron múltiples “katibas” o milicias las que primero impusieron la ley en los barrios -que ocuparon a sangre y fuego-, con métodos importados del crimen organizado, al que también se asociaron. Y las que se apoderaron después del manejo de los resortes económicos: el acceso al empleo, la vivienda e incluso a los servicios bancarios, que quedaron rápidamente subordinados al grado de implicación de los habitantes con el grupo, en una suerte de estructura mafiosa. Katibas como las Brigadas Revolucionarias de Trípoli (TRB), dirigida por el señor de la guerra Haithan Tajouri, o las Fuerzas Especiales de Disuasión (RADA), liderada por su colega Abdel Rauf Kara, no solo se repartieron los territorios y compitieron con otras entidades más pequeñas en el negocio de la seguridad y el contrabando, tanto de armas como de personas, combustible aceite, harina, medicamentos y otros productos básicos, si no que incidieron en la política a través de los ministerios de Defensa e Interior, en los que se

infiltraron hasta dominarlos.

Un negocio en el que rápidamente se imbricaron PMSC extranjeras procedentes principalmente de los Balcanes, Estados Unidos, el Reino Unido, Francia, Catar, Italia y Turquía, que aún mueve y genera miles de millones de euros al año, además, multiplicó las violaciones de derechos humanos sin que en apariencia ni salpicara al gobierno local, carente de resortes para controlarlo, ni a los citados actores extranjeros, que se peleaban por la apropiación de sus crecientes recursos energéticos. Fueron estas milicias, sólidamente asentadas en su territorio y con lazos vagos con la autoridad central, las que recibieron y administraron, asimismo, una parte magra de los fondos de ayuda procedentes de la cooperación exterior. Significativo es el caso de la Guardia Costera, financiada, dotada y entrenada por Italia y la Unión Europea (European Parliament. 2025); aún hoy sus cuadros son antiguos contrabandistas reconvertidos en policías que en la mayoría de las ocasiones conservan sus lazos con las distintas mafias. Ejemplo similar fue el centro de detención de migrantes de la ciudad costera de Tajoura, bombardeado a principios de julio de 2019; su gestión estaba entonces en manos de la milicia local, una de las más poderosas entre las que actúan bajo el paraguas del gobierno sostenido por la ONU y la UE. Semanas antes, la organización humanitaria Médicos Sin Fronteras (MSF) había denunciado las violaciones sistemáticas de los derechos de los migrantes que allí se cometían. “El uso de estos grupos, a menudo mal entrenados, y pobremente vigilados, suele abrir más oportunidades a la violencia y contribuye a que haya más violaciones de los derechos humanos”, argumentan Carey, Butler y Mitchell.

El empleo de estas compañías fue introducido en Libia por el mariscal Haftar en 2015, fecha en la que lanzó su ofensiva “Operación Dignidad” para expulsar a las milicias salafistas afines al antiguo gobierno democrático libio

en Bengazi, capital del este y segunda ciudad en importancia del país, y para reconquistar tanto la ciudad de Derna -uno de los bastiones del yihadismo en el norte de África- como el golfo de Sidrá, perla de la opulenta industria petrolera libia. Y se generalizó hasta desbordar todos los frentes con la entrada tanto de Rusia como de Turquía en el conflicto -junto a otros estados como Francia, Italia, Arabia Saudí, Egipto, Jordania o Qatar- a lo largo de 2019. Todo se reveló el nueve de septiembre de ese mismo año, apenas cinco meses después de que Hafter levantara su ineficaz asedio a Trípoli, que simplemente sirvió para ensangrentar la ciudad una vez más. Aquel día, aviones de combate no pilotados (dron) clase “Bayraktar TB2” de fabricación turca bombardearon una posición de las fuerzas bajo el mando del llamado Ejército Nacional Libio (LNA), a las órdenes del mariscal, en la estratégica localidad de Ksar bin Ghasir, veinte kilómetros al sur de la capital libia (Agencia EFE, 2019).

Habría sido solo una más de las múltiples operaciones de combate que se sucedían en esa área próxima al antiguo aeropuerto de Trípoli, si no hubiera sido por la naturaleza de las bajas que causó. Horas después del incidente, un portavoz castrense del gobierno rival sostenido por la ONU (GNA) sorprendía al asegurarme, en mi calidad de corresponsal de la Agencia Efe en el norte de África, que en el ataque habían muerto una decena de mercenarios rusos, miembros todos ellos de la PMSC Wagner Group, vinculada con el Kremlin. En una misión de rastreo realizada previamente en la localidad vecina de Al Sabiaa una de sus milicias había hallado armas y documentación en ruso que supuestamente probaban la implicación bélica de Moscú -aliado tradicional de Hafter- en el cerco capitalino. “África se ha convertido en un enorme campo de batalla de la guerra entre Rusia y Occidente en lo que podemos definir como una nueva edición de la Guerra Fría, un periodo de tensión esta vez con el dinero por encima de las cuestiones ideológicas”, me contextualizaba días después de que publicara la exclusiva Grzegorz Kuczynski, director del programa de

Euroasia en el prestigioso Warsaw Institute³. “Dada la dramática situación económica de muchos de los países de África y el coste financiero relativamente bajo que se necesita para conceder ayudas esenciales a ciertos regímenes, no es ninguna sorpresa que Moscú se dedique a apoyar a más y más países en el continente negro [sic.] Los líderes africanos son conscientes, además, de que Rusia no le pedirá a cambio respeto a la democracia y a los derechos humanos”, subrayaba Kuczynski, uno de los mayores expertos mundiales en política rusa.

Académicos y analistas coinciden en establecer la fecha del retorno de Rusia a África en 2015, apenas unos meses después del inicio de las sanciones internacionales por los conflictos en Ucrania y Crimea. Ese año, el comercio entre Moscú y el continente se multiplicó de los 3.400 millones de dólares anuales a más 14.500 millones en 2016. Según datos del reconocido centro de investigaciones sueco SIPRI, la venta de armamento y la privatización de la guerra -un negocio global creciente- fueron los puntales de un reverdecer que florece desde las cenizas de la extinta Unión Soviética y tiene como meta desplazar a las antiguas potencias coloniales, en particular a Francia (SIPRI, 2019), objetivo ya parcialmente logrado en países del Sahel como Mali o Burkina Faso (France 24, 2025). En ese corto espacio de tiempo, la Rusia neo-imperialista de Vladimir Putin devino en el principal suministrador de armas a África con un 35% de la cuota del mercado, superando a Pekín (17%), Washington (9,6%) y París (6,7%). Sus principales clientes fueron sus socios tradicionales -Argelia, Egipto, Angola y Uganda-, pero también aliados de nuevo cuño como Mozambique, Nigeria, Sudán y Ruanda, donde la presencia de ingenieros, asesores políticos y mercenarios rusos se disparó de forma exponencial en el último decenio. Una expansión de corte zarista, orquestada

³ Entrevista con el autor, 2018

por los servicios secretos del Kremlin, que convirtió a la empresa militar Rosoboronexport en la tercera más potente del continente, y a Libia y a la República Centroafricana en los pivotes que dinamizan el envite neocolonialista africano del caudillo ruso. “Libia, uno de los principales productores de petróleo, es un mercado atractivo para las empresas petroleras rusas que buscan competir allí con sus pares occidentales. Pero es también vital desde el punto de vista militar debido a su ubicación. Con un gobierno amigo de Rusia, Moscú ampliaría sus capacidades militares más al oeste, por ejemplo, mediante la construcción de instalaciones navales, en el Mediterráneo, formando así el eje Siria-Egipto-Libia”, argumentaba Kuczynski. Una suerte de cigüeñal que le permitía eludir a Turquía y su ventaja geográfica en la desesperada búsqueda de una salida con menos obstáculos al estratégico brazo de agua salada que separa Europa de África.

En octubre de 2019, este denuedo político, militar y diplomático desembocó en una inédita conferencia internacional celebrada en Sochi, ciudad que desciende desde las estribaciones del Cáucaso al Mar Negro, a la que acudieron más de cuarenta líderes africanos y cerca de diez mil empresarios, en su mayoría rusos. Cuatro meses antes, el Foro Ruso de Armamento había sido testigo de un éxito similar, con una veintena de grandes contratos firmados. “Los oligarcas rusos observan África como una oportunidad, especialmente aquellos más próximos a Putin. Como una fuente de minerales y como un mercado de oportunidades para la industria militar”, insistía Kuczynski. “Es el escenario de una reconfiguración geoestratégica mundial tanto con la entrada de China como con el regreso de Rusia, expulsada en 1991. Ambos se benefician del retroceso de las potencias coloniales y de Estados Unidos”, agregaba en un análisis con muchas luces y alguna sombra. Si bien era cierto que en aquellos años Francia plegaba velas de forma apresurada en el Sahel, apurada por la presión de los grupos islamistas en Mali, Burkina Faso, Níger y

Chad -casi todos ellos con apoyo de mercenarios rusos-, el ejército estadounidense ya replanteaba también su despliegue en Europa y aceleraba su expansión en el África occidental, de la mano principalmente de su nuevo y mejor aliado Marruecos, autocracia con aspiraciones de potencia emergente.

Al igual que Pekín y Washington, Moscú practicaba en ese entonces una política neoimperialista carente de prejuicios morales más allá del dinero. E iba ganando cierta ventaja al aprovechar los rescoldos aún tibios que había dejado la presencia de la Unión Soviética, en particular las redes de Inteligencia Militar y financiera tendidas por la antigua KGB, que jamás se desmontaron. Negociaba por igual con unos y con otros, sin atender a las enemistades ancestrales que pueblan el norte de África -Argelia, Marruecos-, ni a la historia pasada o a las denuncias internacionales recientes, como en el caso del Egipto de Abdel Fatah al Sisi, uno de sus mejores camaradas. A cambio de contratos de explotación de petróleo, gas, oro, diamantes, energía nuclear, minerales y tierras raras para empresas como Rosneft, Lukoil, Zarubezhneft, Gazprom, Rosal o Rosatom -todas presentes en África-, la plutocracia de Putin comenzó a ofrecer también armamento y servicios militares varios a través del expansivo y lucrativo negocio de la seguridad privada, al que arribó tarde, pero con una fuerza logística, humana y amoral potencialmente superior a sus competidores. Sudán y la propia República Centroafricana son todavía hoy los paradigmas de esta política. En 2016, el entonces presidente centroafricano, Faustin Archange Toudera, -que desconfiaba de Francia- aceptó la ayuda del Kremlin. Cerca de 250 mercenarios de Wagner Group desembarcaron en el país para garantizar su tranquilidad personal. Apenas un año después, el gobierno de Bangui concedió licencias para la extracción de oro y diamantes a la empresa Lobaye Invest, propiedad del controvertido oligarca Yeugeny Prigozhin. Conocido como “el restaurador” del presidente Vladimir Putin -del que era amigo personal-, dueño de la mayor empresa de catering ruso y de la “granja de troll” Internet Research

Agency, Prigozhin -muerto en extrañas circunstancias en medio de una lucha de poder en agosto de 2023- era también el principal accionista de Wagner Group y tenía sus tentáculos extendidos tanto en Libia como en Sudán.

En este último Estado, sus mercenarios habían escoltado igualmente al entonces gobernante Omar Hasan al Bachir a cambio de permisos para otras dos de sus empresas minerales: M-Invest y Meroe Gold. Pese a que el tirano cayó, el llamado Consejo Transicional de Sudán -autor del incruento golpe de Estado en 2019- mantuvo los contratos ya firmados. “Las empresas de seguridad son el gran negocio de este siglo”, explica Filip Bryjka, investigador en la Facultad de Asuntos Militares y Seguridad de la universidad de Wroclaw⁴. No solo por los beneficios económicos que genera, también por las ventajas políticas que ofrece. Al contrario que los ejércitos, sostenidos con dinero público y sujetos al imperio de las leyes nacionales e internacionales, la privatización de la guerra reduce los costes, elude la rendición de cuentas y evita el precio político que supone el regreso de ataúdes a casa, como le ocurrió a Israel en la guerra del sur del Líbano, a Estados Unidos en Vietnam o a la propia URSS en Afganistán. Resulta más sencillo negar los vínculos con los mercenarios, obviar la responsabilidad legal y proteger la reputación frente a las denuncias de la sociedad civil. Excusas como “operaciones de combate, entrenamiento militar, consultorías de seguridad, servicio de guardaespaldas, logística y operaciones de inteligencia en una zona gris de la ley más próxima a lo prohibido que a lo moral”, añade Bryjka.

En este escenario, Libia y su guerra civil se han erigido en la última década en la médula de la estrategia africana rusa. Una cabeza de puente que, más allá de su privilegiada posición geográfica en el Mediterráneo, se observa como el

⁴ Entrevista con el autor.

perno desde el que consolidar y ampliar la intriga militar frente al músculo económico de China, la codicia cesarista de Trump y la creciente fragilidad del proyecto (teóricamente común) europeo. “Para Putin, Libia también es una cuestión de prestigio: Rusia se esfuerza por recuperar la antigua influencia que había disfrutado en el país bajo el gobierno de Gadafi y rectificar lo que el Kremlin percibe como un error: no haber bloqueado la intervención respaldada por la OTAN en 2011”, subrayaba Kuczynski. En la misma línea, el comandante jefe de las fuerzas de Estados Unidos en África (AFRICOM), general Thomas Waldhauser, advertía a mediados de 2019 en el Senado norteamericano que el interés de Moscú en la nación norteafricana estaba relacionado con el deseo de crear dificultades a la Alianza Atlántica. “Para Rusia, Libia tiene una importancia política, económica y militar. El país sirve como una importante puerta de entrada para muchos inmigrantes a Europa, que cruzan la frontera ilegalmente. Aquí es donde Moscú busca desempeñar un papel fundamental para ejercer un impacto en los procesos de migración, tratar de utilizarlos para potencialmente desestabilizar a la Unión Europea”, me insistía el experto polaco⁵.

Cierto es que Rusia colocó huevos en las diferentes cestas del conflicto libio. Tanto en la del debilitado GNA como en la de la familia Al Gadafi, a la que continúa protegiendo. Pero la más abundante es sin duda la que portaba el mariscal Khalifa Hafter, su apuesta preferente. Miembro de la cúpula golpista que aupó al poder al tirano en 1969, la biografía del controvertido oficial es una sucesión de ambiciones y traiciones. Abandonado en el campo de batalla de Chad por el propio Al Gadafi, que observaba en su progresiva popularidad una amenaza, fue reclutado en la década de los ochenta del pasado siglo por la CIA, que le trasladó a Estados Unidos, le concedió la nacionalidad y le facilitó los

⁵ Entrevista con el autor, 2019

medios para erigirse en el principal opositor en el exilio. De vuelta a Libia en el inicio de la revolución, necesitó apenas tres años para convencer y dominar a los heterogéneos grupos rebeldes que aprovecharon la vorágine de las pretendidas “primaveras árabes” para alzarse contra el tirano en las regiones orientales libias. Inaugurado 2014, consiguió que el entonces Parlamento electo y el gobierno no reconocido en Tobrouk le concediera el control de todas las milicias afines. Meses después emprendió una campaña militar escalonada que le permitió apropiarse de la mayor parte del territorio nacional, poner cerco a Trípoli y devenir en un actor político clave, fundamental en cualquier eventual proceso de pacificación.

Carente de un ejército regular al uso, Hafter maniobró y usó con astucia tanto el apoyo económico, político y militar de sus aliados árabes -Egipto, Arabia Saudí, Jordania y Emiratos Árabes Unidos, que le proveyeron de la superioridad aérea necesaria- como las ventajas que ofrecían las diversas PMSC para forjar su alternativa y asegurarse una posición negociadora dominante. En especial las empresas rusas, pese a que estas solo concitaran al principio un cinco por ciento de un negocio global en alza. La primera de ellas fue RSB Group, propiedad de Oleg Krinitsyn y vinculada a la compañía naviera neozelandesa Navsec Group Ltd., que desembarcó a cerca de un centenar de sus hombres en Bengasi en 2017. Expulsados meses antes los grupos yihadistas de Estado Islámico en Derna y en la propia capital del este -a los que Hafter abrió un pasillo hacia Sirte para generar complicaciones a la ciudad autónoma de Misrata y al gobierno pro-ONU en Trípoli-, el mariscal necesitaba del apoyo de una empresa especializada en minado y protección de instalaciones petroleras para garantizar la seguridad de sus conquistas en el golfo de Sidrá, diamante de la industria energética en Libia. Y RSB ya había demostrado su efectividad en una tarea similar en el norte de Siria.

Wagner Group fue la segunda. Dirigida entonces por Dimitry “Wagner” Utkin, un teniente general retirado que lideró dos de las principales brigadas de elite del ejército ruso, su especialidad siempre fue el combate en vanguardia. Formados -en su mayoría- en las unidades Alpha y Vimpel, adscritas a la Dirección Principal de Inteligencia (GRU) y a los servicios secretos rusos (FSB), contaba entonces con cuatro brigadas de asalto, una de tanques, tres de comunicación, una de reconocimiento e inteligencia y otra de ingeniería que se entrenaban en una base en Molkina (Krasnodar) y atesoraban kilómetros y balas de experiencia. Primero en el sitio de Donbas (Ucrania) y después en la guerra fratricida de Siria, donde desempeñaron un papel primordial en la batalla de Palmira, librada en marzo de 2016. Necesitado de fuerzas de elite en primera línea, más de un millar de ellos desembarcaron en Bengasi vía Latakia a finales de 2018 para preparar el asalto a la capital. “La guerra civil de Libia se está transformando en una guerra de poder entre Rusia, Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudí y Egipto, por un lado, y Turquía, Qatar e Italia, por el otro. Las dos partes en conflicto seguirán enviando más contratistas y militantes para ofrecer apoyo tanto al gobierno de Trípoli como a Hafter”, señalaba en aquellos días Kuczynski. “Las fuerzas mercenarias rusas ofrecen un valioso refuerzo para las fuerzas de Hafter debido a su experiencia en combate y habilidades especiales. Aunque el gobierno de Trípoli había documentado entre 600 y 800 combatientes rusos en Libia, se creía que este número era mucho menor hasta principios de enero. Sin embargo, comenzó a crecer bruscamente a raíz de la llegada de las empresas mercenarias privadas Moran y Schieft, en respuesta a la entrada de milicias sirias”, recalca⁶.

Según la web Italmiradar, que rastrea los vuelos que se suceden en el mundo, soldados de fortuna de estas dos últimas empresas aterrizaron en

⁶ Entrevista con el autor.

Bengasi en la primera semana de ese año a bordo de sendos aviones de transporte militar procedentes de una base aérea en Latakia. Moran Group, vinculada a Slavonic Corps, con base en Hong Kong y experiencia en el norte del Cáucaso y Tajikistán, está especializada en escolta de unidades y en tráfico marítimo. Presente en la guerra en Siria, donde combatió a los extremistas de Jays al Islam en Al Sukhnah y Homs, realizó igualmente misiones contra la piratería en el cuerno de África. Schiff Group, por su parte, tiene como principal activo su pericia en la protección de instalaciones petroleras, como también demostró en Siria. Ambas desembarcaron en un momento en el que Hafter buscaba apuntalar sus conquistas en el oeste y garantizar el transporte marítimo, tanto de armas como de petróleo. “El reciente crecimiento en el número de mercenarios rusos, pagados por las monarquías del Pérsico, sirve para contrarrestar la afluencia de insurgentes sirios, previamente redistribuidos por Turquía. Las que entran en el juego son las compañías mercenarias rusas que aprovechan la escasez de personal (de otras), ya que los contratistas operan en muchos otros países”, concluía Kuzcinsky.

Pero no solo recurrió a Rusia. Hafter se benefició, igualmente, de los servicios de diversas PMSC árabes, igualmente presentes en un negocio, el de privatizar la guerra, que mueve más de 225.000 millones de euros al año, a través de los contactos que forjó en su exilio en Estados Unidos y que siempre ha sabido conservar. Conocedor del terreno, el mariscal sumó milicias sudanesas y chadianas a su campaña del sur, que culminó con éxito a finales de 2018 y le sirvió para arrebatarse al GNA los recursos petroleros del oeste. A través de una antigua base aérea gadafista instalada en el oasis meridional de Jufrah, se unieron a su ofensiva mercenarios del Movimiento Justicia e Igualdad, de Abdelkarim Cholloy Konti, del Movimiento de Liberación de Sudán (Minni Minawi), de Haber Ishak y del Movimiento de Liberación de Sudán Abdel Wahib, de Yusif Ahmad Yusif “Karjakola”, todos ellos imprescindibles para

garantizar el control de la frontera y del yacimiento de Al Sahrara, que explotan multinacionales como TOTAL o Repsol. Al cerco de Trípoli y Misrata se incorporaron en julio de 2019 cerca de cuatro mil mercenarios de Rapid Support Forces, milicia vinculada al nuevo gobierno militar en Jartum. Dirigidas por Mohamad Hamdam Dagalo “Hemadti”, miembro destacado del Consejo Transicional de Sudán que derrocó a Omar Hasan al Bachir, suponía una fuerza de unos 30.000 hombres procedente de las milicias árabes “Janjaweed”, acusadas de crímenes de guerra en la región de Darfur y supuestamente vinculadas a Dickens&Manson, una empresa pantalla en Canadá. Armadas y financiadas desde Abu Dhabi y Riad, habían compartido frente de batalla con fuerzas de ambos países en la guerra en Yemen. Como el resto, Rapid Support Forces (CNN, 2025) aparecen también vinculadas al tráfico de personas, de armas y combustible en la región.

Gracias a sus antiguos lazos con las tribus Tebu y Tuareg que habitan el sur de Libia, Hafter contaba asimismo en sus filas con fuerzas paramilitares chadianas, en particular el Frente para la Alternancia y el Control de Chad, liderada por Mahdi Ali Mahamat, que tenía unos 700 hombres en Jufrah y a la que el mariscal conocía de sus años de guerra en la región minera del Aouzou, y la Unión de Fuerzas para la Democracia y el Desarrollo, de Mahamat Nari. Igualmente recurrió a milicias privadas locales madkhalies para combatir a los grupos yihadistas. Fundado en la pasada década de los noventa por Rabi 'bin Hadi 'Umayr al-Madkhali, un clérigo próximo a la familia Real saudí, el movimiento Madkhali es una interpretación hereje del Islam que defiende el salafismo extremo no violento, y combate al yihadismo. Presente en Libia desde tiempos de Al Gadafi, se concentraba en cinco grandes milicias en la región este -Batallón Tawhid, la brigada Tariq Ibn Ziyad, Subul al Salam, la Brigada al Wadi y Al Kaniyat- y ya fueron claves en el combate con las Brigadas de Defensa de Bengasi, la milicia radical liderada por el antiguo mufti

de Trípoli, jeque Sadeq al Ghariani, vinculado a Qatar. En Trípoli estaba infiltrado en la Fuerza Especial de Disuasión (RADA), que dirigía el poderoso señor de la guerra Abdel Rauf Kara, dueño del ministerio de Interior del GNA y único que no se sumó a la defensa de la capital. Seis años después, todos estos mismos actores siguen marcando la política y el fracaso democrático del plan internacional para derrocar a Al Gadafi.

En la guerra civil de Libia, la primera totalmente privatizada de la historia desde que esta tendencia comenzara a extenderse tras la invasión ilegítima de Irak (2003), también actúan PMSC estadounidenses, británicas, francesas, italianas, turcas y jordanas, -entre otras muchas-, algunas ya presentes en el país desde el alzamiento rebelde que en 2011 acabó con la larga dictadura de Al Gadafi. Uno de los primeros emprendedores fue Erik Prince, fundador junto a Alfred Clark de la afamada Blackwater (Scahill, 2009). Perseguido por sus tenebrosas actividades cuando se convirtió en un problema para la Casa Blanca en Irak (ICoCA, 2025), Prince se mudó a Abu Dhabi en 2010, poco después de vender su parte en la polémica compañía - a la que había renombrado como Xe Services LLC- y allí fundó una nueva, Reflex Responses Company (R2) (EBSCO, 2023), con la que continuó trabajando en todas las pretendidas “primaveras árabes” en las que se implicó la plutocracia emiratí, incluida la revuelta en Siria. En mayo de 2011, R2 y la familia Real Al Nahayan firmaron un acuerdo por valor de 529 millones de euros para crear una fuerza de elite llamada "Security Support Group", con un millar de hombres formados en inteligencia y contra-terrorismo, muchos provenientes de Colombia y otros estados de Latinoamérica. Parte de esa legión, formada por soldados de fortuna extranjeros, trabajó en el este de Libia, junto a diferentes milicias vinculadas al gobierno de Tobruk y al antiguo Ejército Nacional Libio (LNA), que dirigía Hafter. Desde 2015, algunos de esos oficiales extranjeros pilotan aviones de combate IOMAX AT-802 Air Tractors del ejército emiratí, artillados con

bombas de fabricación turca, y apoyaron desde el aire las operaciones del mariscal.

Los AT-802 emiratíes fueron cruciales durante el cerco a la ciudad de Bengasi, en particular durante el asedio al barrio de Ganfuda, uno de los que resistió hasta el final; y en la ciudad de Derna, uno de los principales bastiones del yihadismo en el norte de África. Como lo fueron igualmente en el acoso militar a Trípoli y Misrata de 2019. Los aviones solían despegar desde la base de Al Khadim, en el este de Libia, usada igualmente por Moscú, y llevaban el distintivo tapado. Prince, que ya entonces dirigía la empresa "Frontier Resources Group", nominalmente de transporte aéreo en África, pero que opera también hasta la actualidad en otras zonas del planeta, como Haití (The New York Times, 2025), negaba que sus mercenarios estuvieran participando en el conflicto. Igual que lo hacían Rusia, Sudán y el resto de los estados implicados en una guerra, la de Libia, que ya entonces había devenido en un conflicto armado multinacional sin presencia ni necesidad de ejércitos nacionales. Y es que las empresas privadas no solo suelen abaratar el coste de los ataques y eliminar la responsabilidad frente a las “víctimas colaterales”. También sostienen los eslabones de la cadena logística, al participar en el transporte de armas y de soldados, como lo hizo la compañía de Prince y la multinacional GS4, la mayor PSMC del mundo, o Global Delivery Company (DGC), del judío Mordechai “Moti” Kahana, durante el enfrentamiento en Gaza. Hafter y el gobierno de Tobruk recurrieron a compañías similares como la moldava Sky Prim Air, vinculada al operador aéreo emiratí Oscar Jet. Existen pruebas de distintos vuelos en el interior del país, transportando delegaciones entre bases en Zintan (oeste) y Tobruk (este), en días previos o posteriores a batallas.

El GNA, un gobierno no electo pero reconocido por la comunidad internacional, impuesto por la ONU tras su fallido proceso de paz en 2015,

carecía igualmente de ejército. En sus filas se alistaban en aquellos años milicias islamistas locales -financiadas desde Qatar-, unidades de Inteligencia del gobierno italiano, mercenarios franceses, italianos y británicos y, sobre todo, soldados regulares y fuerzas especiales turcas. A principios de enero de 2019, y en pleno avance de las tropas de Hafter hacia el puerto de Misrata, Ankara se convirtió en el primer gobierno en oficializar su injerencia en los asuntos libios. Preocupado, asimismo, por la estrecha relación entre el gobierno de Tobrouk y Chipre, el presidente turco, Recep Tayeb Erdogan, justificó en la necesidad de entibar el frágil alto el fuego negociado con Rusia el envío de “tropas no de combate” al país. Sin embargo, junto a los soldados turcos desembarcaron en Trípoli y Misrata cerca de dos mil mercenarios sirios, en su mayoría combatientes altamente cualificados del opositor “Ejército Nacional Sirio”, una plataforma de grupos rebeldes islamistas que se levantó en armas contra la dictadura de Bachar al Asad y a la que Ankara siempre financió. La mayor parte de ellos pertenecían a la afamada “Sham Legion”, aunque también se detectaron unidades de las divisiones “Sultán Mourad” y “Moutasim”, todas ellas inscritas en el salafismo. Antes de partir, los milicianos sirios completaban su entrenamiento previo en diversas instalaciones militares en la provincia turca de Hatay, próxima a Latakia, gestionadas por instructores de la empresa que los reclutaba: SADAT International Defense Consultancy Inc, la mayor PSMC turca (Cubukcu, 2025). Fundada en 2012 por el antiguo general de brigada del ejército turco Adnan Tanriverdi, en sus trece años de existencia ha compartido un desarrollo inusitado y un sin fin de polémicas. Asentada en las regiones del sur, existe documentación que atestigua su presencia en conflictos como el de Somalia y el Yemen, así como en el norte de Siria y el oeste de Libia, donde ofrece apoyo logístico y de seguridad al gobierno reconocido por la ONU. Su rastro se percibe asimismo en estados del Sahel, como Níger, e incluso en la guerra de Nagorno-Karabag, siempre a la vera de grupos salafistas de ideología

violenta. En 2016, Tanriverdi -un artillero veterano de la guerra en Chipre expulsado del ejército turco en 1996 por su defensa del yihadismo- hubo de renunciar a su puesto en el Consejo de Seguridad de Erdogan después de que grupos de oposición acusaran al mandatario de haber utilizado a esta guardia pretoriana, similar al controvertido Wagner Group, en un supuesto autogolpe de Estado diseñado ese año para afianzarse en el poder, purgar el ejército -defensor de la laicidad en Turquía- y acabar con el movimiento opositor del clérigo Fethullah Gülen, exiliado en Pensylvania.

Menos conocida, pero igualmente efectiva en el campo de batalla en Siria y en las calles de la mayoría de las grandes ciudades de Turquía ese grupo paramilitar Halk Ozel Harekat (Operaciones Especiales Populares), fundado hace más de una década por el extremista Yunus Emre Polat, uno de los primeros voluntarios en alistarse en las filas de los grupos de oposición yihadistas a Bachar al Asad. Según su actual líder, Faith Kaya, exoficial de las unidades de elite del ejército turco, en la actualidad tiene más de 40.000 fieles repartidos por toda la geografía de Oriente Medio, con especial atención al norte de Siria (BBC Türkçe, 2018). La gran mayoría provienen de la sección juvenil del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), que lidera el propio Erdogan, y son también una fuerza coercitiva en el interior del país.

Fuentes de Inteligencia en Trípoli que yo mismo consulté en aquel entonces afirmaron que los mercenarios sirios se desplegaron en el sur de la capital y el este de Misrata, y que permitieron contener el empuje de sus pares sudaneses, chadianos y rusos, contribuyendo a reequilibrar el proceso político. A finales de marzo de 2019, entre intensos llamamientos de las potencias internacionales y en particular de la ONU para que ambos contendientes aceptaran una “tregua humanitaria” que impidiera sumar a la guerra el miedo real al invisible coronavirus, el Observatorio Sirio de los Derechos Humanos

reveló que al menos 151 mesnaderos sirios habían muerto en combates en el sur de Trípoli y en el extrarradio de la vecina Misrata desde el inicio de estos en 2020 (Syria Human Rights, 2020). Según la organización, que vigila el conflicto en Siria desde el estallido del alzamiento contra la estirpe Al Asad, la mayoría de ellos perecieron en frentes del sur de la capital como Al Salah Al-Din, Al Ramlah o Al Hadabah, localidades todas ellas próximas al antiguo aeropuerto internacional, clave para la conquista de la metrópoli libia, y en la propia ciudad-Estado, que mantiene lazos históricos, económicos y estratégicos con Turquía; y que sus cadáveres fueron repatriados a Siria y enterrados en las zonas bajo el control de las milicias "Escudo del Eúfrates", en la región de Aleppo. Perteneían -aseguraba el Observatorio- a grupos de la oposición rebelde siria como las divisiones Al-Mutasim, Sultan Mourad y las brigadas Suqur Al-Shamal Al-Hamzat y Suleiman Shah, y formaban parte de un total de 4.750 mercenarios sirios al parecer reclutados por SADAT. Otros 1.900 se encontraban entonces en Hatay completando su instrucción antes de ser enviados al norte de África, aseguraba la misma fuente. “Hay negocios muy rentables en Libia, y mientras eso siga así, no existe interés en que se acabe el conflicto”, explicaba una agente de Inteligencia europea destinada en la zona⁷. Una situación que recordaba a la que había padecido Siria, donde Turquía y Rusia, a través del negocio de la guerra y el apoyo de los distintos aliados árabes, habían igualmente aprovechado los nuevos intereses geopolíticos de EE. UU., Israel, Arabia Saudí e Irán, y el retroceso de las potencias europeas para repartirse el país y comenzar a recuperar la influencia ancestral perdida. Y sin tenerse que preocupar por eso que llamaban los derechos humanos.

⁷ Entrevista con el autor, abril 2018.

De terrorista internacional buscado a mesnadero del poder

Apenas dos días después de que Al-Asad huyera a Moscú y Al Golani celebrara su victoria con una oración comunitaria en el mítico patio de la Gran Mezquita de los Omeyas, corazón del barrio viejo de Damasco, aviones de transporte táctico ruso clase Ilyushin Il-76 Candid, Antonov An-26 y Antonov An-72 STOL, diseñados para el traslado de material bélico pesado, incluidos tanques, aterrizaron en las bases rusas de Hmeimim y Tartous, en la costa de Siria, protegidos por helicópteros de combate KA-52. Fotogramas captados el 10 de diciembre por el satélite europeo SENTINEL-2 mostraron, igualmente, que la flota militar rusa destacada en Siria había abandonado la ribera de Latakia y permanecía posicionada en aguas internacionales del Mediterráneo oriental con las proas orientadas al sur. Ambas imágenes no solo confirmaban la retirada negociada de las tropas y de la impedimenta rusas, sino también el desmantelamiento de los sistemas antimisiles tipo S-300 que el Kremlin había comenzado a desplegar una década antes con ayuda de variadas PSMC, como el grupo Wagner y sus aliados salafistas, próximos al depuesto presidente Al Asad. Cartas de navegación almacenadas en la web Italmiradar registraron días después, por su parte, que los mismos aparatos rusos cruzaron el mar rumbo a Libia, donde aterrizaron tras una breve -y sospechosa- escala en Argelia de un extraño petrolero ruso. Su destino: las bases aéreas de Al-Khadim, próxima a la ciudad de Bengazi, y de Al Jufrah, en la frontera con Chad, ambas bajo el control del mariscal Jalifa Hafter, caudillo del este de Libia (CNN, 2024).

Al contrario que en la costa, la retirada militar en el oriente sirio fue una suerte de desbandada, algo así como una estampida apresurada y caótica. Armas, documentos, mapas, fotografías, uniformes y diverso material doméstico quedaron abandonados, expuestos a sus enemigos, en los acuartelamientos, garitas, búnkeres, santabárbaras, oficinas y otros cientos de

instalaciones militares y civiles que durante años habían controlado en todo el país tanto unidades de elite del ejército iraní como milicianos del grupo chiita libanés Hizbulah, socios primordiales, junto a Rusia, del linaje Al Asad (BBC, 2025). El plan para la reordenación geoestratégica de Oriente Medio, trazado por Estados Unidos e Israel durante la primera Administración de Trump y aplicado con el apoyo de Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos tras el regreso del cesarista multimillonario a la Casa Blanca, se destapaba como un rutilante éxito. Tras años de infructuosos intentos, el temido eje chií había sido quebrado por su punto más debilitado y el cielo de Siria se había abierto para facilitar los ataques aéreos contra el régimen de los ayatolás, cuya caída era el objetivo final del mismo. Así lo admitía en junio de 2025 en una entrevista con la CNN el general retirado Amos Yadlin, ex jefe del Servicio Militar de Inteligencia (AMAN) del Ejército de Israel, en plena ofensiva contra Gaza, masacre que formaba igualmente parte de esa estrategia global (CNN, 2025). Una intriga maquiavélica, en el significado más filosófico de la palabra, en la que cualquier aliado era bienvenido, fuera cual fuese su pasado, y en el que las PSMC multinacionales y las milicias salafistas locales y regionales desempeñaron -y aún desempeñan- un papel cardinal.

Incluido el propio Ahmed al-Sharaa, pilar de un escabroso entramado que imbricaba a la CIA, el Mosad, los servicios de Inteligencia de Turquía, Arabia Saudí, Pakistán y Emiratos Árabes Unidos con empresarios y organizaciones religiosas salafistas saudíes y turcas, en una operación similar a la que en la década de los ochenta del pasado siglo permitió alumbrar una fuerza irregular de radicales islámicos para luchar contra la ocupación soviética de Afganistán, conocida en los libros de historia como “el puente de los Muyahidin”. Una aspiración aquella que ya tenía como objetivo paralelo combatir el surgimiento del régimen de los ayatolás en Irán, pero que apenas una década después contribuyó a radicalizar aún más el salafismo y a desencadenar las cuatro

oleadas yihadistas sucesivas que hasta la fecha han sacudido la geopolítica mundial.

La misma semana en que Bachar al-Asad huyó a Rusia, el periodista sirio Hassan Hassan, coautor de un aclamado best-seller internacional sobre la organización yihadista global Estado Islámico (The New York Times, 2015), publicó en el diario británico The Telegraph un largo y detallado perfil del victorioso nuevo líder sirio bajo el significativo título de “I went to university with rebel leader Jolani – I wonder if he has really turned his back on jihaden” en el que abordaba, (The Telegraph, 2024) desde la experiencia universitaria compartida en Damasco, la controvertida trayectoria ideológica y militante del inminente nuevo presidente sirio, y dudaba no solo de sus intenciones, sino también de su pretendida moderación y de sus aparentes credenciales democráticas. Nacido en octubre de 1982 en Riad en el seno de una familia siria migrante y acomodada, desplazada de su hogar en los disputados Altos del Golán, reclamados por Israel, Ahmed al-Sharaa creció entre los mapas de su madre, profesora de geografía, y las fórmulas matemáticas de su padre, un economista piadoso, en la Arabia Saudí del desarrollismo petrolero -que atrajo a miles de trabajadores de todos los rincones del mundo árabe- y de la radicalización religiosa, impulsada, en gran parte, por las desigualdades económicas y sociales que ésta suscitaba. De regreso a Damasco, su ingreso en la universidad coincidió con una época de gran agitación política y religiosa regional, fruto de la segunda Intifada en Palestina -la primera que entró en todos los hogares de los países árabes y musulmanes gracias al surgimiento de las televisiones por satélite y en particular por el nuevo canal qatarí Al-Jazeera-, de los atentados atribuidos a Al Qaida en todo el planeta y de la ocupación angloestadounidense de Irak. Afirma Hassan Hassan que en aquel fatídico 2003, clérigos de luengas barbas teñidas de naranja y conductores de chilabas pesqueras con sandalias de cuero se acercaban abiertamente a los estudiantes

para ofrecerles cruzar gratis a Irak a través de la provincia fronteriza de Al Anbar y sumarse a la nueva yihad global. Hussam al-Jazmati, biógrafo oficioso de al-Sharaa, asegura, por su parte, que el ahora presidente sirio fue uno de los que aceptó con entusiasmo la oferta para partir e integrarse en las pequeñas células clandestinas de resistencia que el régimen del derrocado Sadam Hussein comenzó a preparar tres meses antes de la invasión, cuando ésta ya era un hecho sin opciones de marcha atrás.

Ahmad Husein, en apariencia agricultor de 29 años, de piel tostada y ojos verdes aceituna, era el líder de una de ellas. Sentado a la puerta de su modesta granja en los alrededores de la localidad de Baquba, a orillas del río Diyala, uno de los afluentes del Tigris, me recibió con un té ardiente y excesivamente azucarado entre sus manos apenas callosas una tarde de primavera de 2003, escasas semanas después de que una batahola de iraquíes derribara la estatua del depuesto mandatario bajo la atenta mirada de los cañones de los M1 Abrams estadounidenses. Con voz ronca, las piernas cruzadas y una mirada profunda y brillante bajo unas cejas pobladas, alabó sin ambages el régimen caído antes de abarrar un negro augurio para todos aquellos que celebraban “la nueva era” de libertad. Antes de despedirnos, cuando el sol ya se desplomaba entre las ramas de los pistachos y las primeras sombras culebreaban anunciando los peligros de la noche, me invitó a entrar y me enseñó una caja de madera barnizada que escondía en un discreto sótano. Allí reposaba un uniforme de la Guardia Republicana, el cuerpo de elite de Sadam Husein, dos revólveres bien engrasados, un fusil Ak-47 de fabricación rusa y una boina roja que me tendió y guardé en mi mochila casi como un trofeo. “Recuerde, no nos hemos entregado, no hemos huido, no nos han capturado. Desde hace mucho, permanecemos preparados para resistir”, me avisó en un árabe culto y sosegado.

Apenas unos meses después, avanzado el otoño de aquel convulso 2003, la ciudad de Baquba se destapó como uno de los principales vértices del llamado “triángulo suní”, corazón de la insurgencia iraquí, junto a las vecinas Ramadi y Tikrit, cuna del tirano y su familia. Allí fue descubierto, oculto en un zulo, el expresidente iraquí, y allí, entre su frondosa naturaleza, comenzaron a morir emboscados decenas de soldados y mercenarios estadounidenses y británicos. A la sombra de sus bosques de palmeras datileras también empezaron a ser apresados cientos de yihadistas internacionales, entre ellos el propio Ahmed al-Sharaa, ya conocido entonces con su nombre de guerra “Abu Mohamed al Golani”, quien se había unido al grupo radical Jamaat al-Tawhid wal Jihad, fundado por el yihadista jordano Abu Musab al-Zarqawi, líder de la sucursal de Al Qaida en Irak (AQI) (Crisis Goup, 2021) hasta su asesinato, en un bombardeo norteamericano selectivo, ocurrido en junio de 2006 en la localidad iraquí de Hibhib, ocho kilómetros al norte de Baquba.

Los líderes yihadistas detenidos eran trasladados en aquellos días de sangre, traiciones, sevicias y represalias a dos lugares de infame recuerdo. La prisión de Abu Gharib, situada en el extrarradio de Bagdad y mundialmente célebre tras la publicación de unas turbadoras imágenes de soldados estadounidenses humillando y dilacerando a los prisioneros, y Camp Bucca, un extenso campo de concentración bautizado con el nombre de uno de los bomberos que murieron en los atentados del 11-S en Nueva York, abierto en pleno desierto, a las afueras de la ciudad meridional iraquí de Basora, y al que según Hussam Jazmati fue trasladado Al Golani tras ser capturado en septiembre de 2006, tres meses después del asesinato de su jefe, cuando presuntamente plantaba una bomba en un camino del citado “Triángulo Suní”. De acuerdo con el biógrafo, allí compartió celda y torturas con Abu Bakr al Baghdadi, el clérigo salafista de inspiración wahabí-saudí que años después fundaría Estado Islámico; y trabó una estrecha amistad con Fadhil Ahmad al

Hayali, apodado Abu Muslim al Turkimani (The Telegraph, 2015), influencia esencial para comprender su biografía posterior. Antiguo coronel del ejército de Sadam Husein, adscrito a la misma unidad de Inteligencia y Operaciones Especiales en la que había servido el hombre al que entrevisté en su pretendida granja de Baquba, Al Turkimani era director de propaganda, finanzas y logística del Estado Islámico, miembro del rector Consejo de Shura y brazo derecho del propio Al Baghdadi cuando el 18 de agosto de 2015 fue asesinado en un ataque quirúrgico ejecutado desde un dron contra su vehículo en el extrarradio de la ciudad septentrional iraquí de Mosul.

Diversas fuentes de seguridad locales y de servicios secretos extranjeros coinciden en que Al Turkimani fue el que propuso que Al Golani regresara a Siria tras su excarcelación en 2011 y creara allí una célula de resistencia, bautizada como Frente al Nusrah, para aprovechar la insurrección contra la estirpe Al Asad y el caos generado en la región por las denominadas “primaveras árabes”. Gideon, un oficial retirado del Mosad al que conocí durante mi estancia en Jerusalén y la investigación y cobertura de la actividad del Estado Islámico en el norte de África, aseguraba que tanto Al Baghdadi como Al Tukimani, Al Golani y otros muchos miembros del futuro Estado Islámico atendieron a un programa de la CIA establecido en las distintas cárceles de Irak cuyo objetivo era captar e instruir a antiguos agentes de Inteligencia y crear a través de ellos una nueva organización salafista radical capaz de competir con Al Qaida, y de neutralizarla a la postre. En los ochenta, un programa similar ya había funcionado para combatir al comunismo en Afganistán, aunque sus efectos colaterales aún se están pagando. “No hay mejor cuña que la de la misma madera”, solía repetir el viejo espía, de quien nunca supe su verdadera identidad. Lo que sí está perfectamente acreditado es que Al Golani se asentó en el noroeste de Siria con otros seis hombres y pronto se mostró digno alumno de su promotor y maestro, el hombre que según

investigadores estadounidenses fue clave en la conquista de Mosul y en la conversión de ésta en la capital del nuevo califato. El propio yihadista sirio reveló sus orígenes en una entrevista concedida a la CNN en 2020, cuando ya reinaba en la heterarquía de Idlib y trataba de proyectarse como una figura pragmática y más moderada: “Me influyó el ambiente yihadista-salafista que surgió del deseo de resistir a la ocupación estadounidense de Irak, pero hoy nuestra referencia es la realidad sobre el terreno”, afirmó.

Junto a él entraron también en Siria varios otros yihadistas que poco después devendrían en jefes del futuro Estado Islámico, como Taha Sobhi Falaha, apodado “Abu Mohamad al Adani”, célebre portavoz de la siniestra organización hasta su asesinato en Alepo en 2016, y Abd al-Rahman Mustafa al Qaduli, conocido como Abu Ali al Anbari, antiguo mayor del ejército de Sadam Husein, veterano de la guerra entre Irán e Irak (1980-1988), miembro del grupo radical Ansar al Islam y excombatiente en Afganistán, que poco después se convirtió en jefe militar del EI en la provincia fronteriza iraquí de Deir az Zhour. “La relación entre Al Golani y Al Anbari fue tensa desde el primer momento”, me explicó Gideon. “Documentos que hallamos en varias casas de Mosul nos mostraron que existía algo más que suspicacias entre ambos. Al Anbari firmó un informe interno que propició que el propio Al Baghdadi se desplazara a Siria cuando Al Golani comenzaba a dominar el negocio del petróleo, de la seguridad y del contrabando en la zona de Idlib”, subrayó el ex-agente, que en aquellos días ya se había jubilado y completaba su pensión con un bien remunerado puesto como asesor en una PSMC norteamericana. En su carta, Al Anbari destacaba que Al Golani “es un tipo taimado, que tiene dos caras” y advertía que “se ama a sí mismo y no le importa la religión de sus soldados. Está dispuesto a sacrificar su sangre solo para que lo mencionen en los medios. Se llena de alegría como un niño cuando su nombre aparece en los canales de televisión”. Una opinión similar a la que

también transmitió, según archivos interceptados en casa de Abu Abdul Rahman al Bilawi, un antiguo miembro del EI, el propio portavoz de Estado Islámico, quien a las críticas por su escasa capacidad de gestión añadía una supuesta cobardía en el campo de batalla.

La segunda fuente principal de sospecha eran las relaciones que Al Golani había entablado, desde el inicio, con distintos clérigos salafíes saudíes, egipcios y sirios próximos a la rama más radical de los Hermanos Musulmanes, como Abu Fatah al Farghaly (Syria Human Rights, 2021), un imán extremista encarcelado en tiempos de la dictadura de Hosni Mubarak que se aprovechó de la “primavera árabe” y de las diferencias en el seno de la hermandad para recobrar su libertad, y que se mudó a Siria el otoño de 2012 con financiación saudí y egipcia para instruir la línea doctrinal de Ahrar al-Shams, uno de los muchos grupos salafistas radicales que se subieron a la ola rebelde desatada contra la tiranía de Al Asad. Al Farghaly es aún hoy, consumido 2025, uno de los pocos clérigos que han acompañado al actual presidente sirio en su largo periplo hacia el poder. Desaparecido de la primera fila en los años en los que éste decidió edulcorar su imagen, reapareció en la mezquita de los Omeya aquella tarde de invierno en la que Al Golani reunió a sus allegados frente al histórico mihrab para dar gracias a Alá “por abrir a los verdaderos fieles las puertas de Damasco”.

El otro fue Mohamad al Bahaiya, mejor conocido como Abu Khalid al Suri, compañero de andanzas de Mustafa bin Abd al-Qadir Setmariam Nasser, más conocido como Abu Musab al Suri (The National, 2013), uno de los pensadores e ideólogos más influyentes de la yihad global. Nacidos ambos en la ciudad de Alepo, la vida de “los dos Al Suri” corre paralela a lo largo de la década de los pasados setenta, en la que se sumaron a las filas de la sección siria de los Hermanos Musulmanes. Y de los ochenta, en la que los dos debieron

huir del país tras alentar y participar en la rebelión yihadista de la ciudad de Hama, reprimida a sangre y fuego por el coronel y entonces presidente de la nación Hafez al Asad, padre de Bachar. Los dos yihadistas pasaron por España antes de aterrizar en Peshawar, donde estrecharon lazos con Abdullah Azzam - el padrino del puente de los Muyahidin-, conocieron a Osama bin Laden y a Ayman al Zawahiri, y se instruyeron en los campos militares gestionados por la CIA -junto a los servicios secretos saudíes, pakistaníes e israelíes- en Afganistán con la excusa de combatir el comunismo. De regreso a España tras la caída del muro de Berlín, Setmariam -al que se apunta como uno de los cerebros del brutal atentado del 11-M en el metro de Madrid- escribió un amplio y profundo tratado jurídico y religioso, conocido vulgarmente como la “Experiencia Siria”, que está considerado como el canon ideológico que sentó las bases para el yihadismo global y propició la creación de Al Qaida. Fue entonces cuando sus caminos se separaron.

Setmariam fue arrestado por la CIA en 2005 en la ciudad paquistaní de Quetta y entregado a las autoridades sirias tras pasar un breve tiempo recluido en custodia norteamericana como “prisionero fantasma” en un penal de la isla de Diego García. A partir de ese momento, su historia es una sucesión de incertidumbres. Diversas fuentes asegurarán que Al Asad lo liberó en pleno auge rebelde con la idea de combatiera a los insurgentes; otros aseveran que nunca abandonó el calabozo. La única certitud es que sus escritos han seguido inspirando a decenas de yihadistas en todo el mundo, incluido al propio al Golani. Y es que una de las 17 sugerencias del ingeniero sirio para evitar un fiasco como la de la insurrección que acabó en masacre en Hama en 1982 era “crear lazos con las poblaciones locales”. O como acuñó el ejército estadounidense en 2007 en su estrategia para sumar a las milicias locales a la lucha contra la llamada insurgencia iraquí: “conquistar corazones y mentes”.

“Día tras día, estaremos más cerca de la gente si nos ganamos sus corazones y conseguimos que confíen en nosotros. Cuidaos con ser duros con ellos. Comenzad con las prioridades y los fundamentos del islam, pero sed flexibles con aquellas cosas menores de la religión”, aseguró en aquellos días a sus seguidores Al Golani, según un relato recogido y atribuido al ahora presidente sirio por el académico Murad Batal Shishani, uno de los más reconocidos expertos árabes en yihadismo global.

El otro Al Suri nunca fue apresado. Tras su experiencia en Afganistán, huyó a Turquía y de allí se mudó a Qatar, donde estableció lazos con Abdul Rahman al Nuaimi, fundador de la organización de defensa de los derechos humanos Al Karama -con sede en Suiza- y antiguo presidente de la federación qatarí de fútbol, organizadora del Mundial de la FIFA en 2022. Once años antes, Al Suri se había trasladado con dinero catari a Siria, donde creó la milicia Ahrar as Sham, uno de los numerosos grupos salafistas alzados en armas contra el régimen de Al Asad. Según el ex-agente Gideon, los caminos con Al Golani se cruzaron a principios de 2013, cuando fue elegido para mediar en el conflicto entre Al Baghdadi y Al Qaida. Un arbitraje que le costó la vida y que decir de Hassan Hassan y otros expertos en la región fue la razón última del cisma: el 23 de febrero de 2014, seis hombres armados con pistolas y fusiles de asalto irrumpieron en la casa segura en la que se escondía en la ciudad de Alepo y lo tirotearon antes de detonar un explosivo que segó la vida de otros seis compañeros más. Al Qaida lloró su pérdida y acusó al Estado Islámico -en particular a Al Anbari-, del “martirio de nuestro hermano”. El grupo de Al Baghdadi negó, por su parte, cualquier implicación en el atentado y señaló a “mercenarios extranjeros”, que en su opinión buscaban enfrentar y dividir la umma o comunidad de creyentes.

Pero, sobre todo, en el corazón y los planes de sus mentores preocupaban los lazos de Al Golani con quien se convertiría en el mufti de la organización y lideraría, desde la doctrina, la ruptura en 2014 con Al Baghdadi y su núcleo duro: el iraquí Maysar Ali Musa Abdullah al-Juburi, alias Abu Mariya al-Qahtani. Nacido en la ciudad de Mosul, Al Qahtani perteneció a los Fedayyine Sadam, una milicia salida del partido socialista Ba`az que actuaba al margen de la ley como brazo represor paramilitar, y fue uno de los seis compañeros que llegaron con el actual presidente sirio en la misión fundacional, aquel agitado y tórrido verano de 2011. También el primero en criticar con abierta acritud al futuro líder del Estado Islámico por lo que consideraba su “extrema rigidez” doctrinal y su agresivo maltrato a la población. Un desafío ideológico y una divergencia operativa que se fueron aguzando a medida de Al Golani, con ayuda de los cientos de yihadistas extranjeros que se sumaron a sus filas y de las armas que le facilitaban los servicios secretos de Ankara a través de la recién creada PSMC turca SADAT, iba multiplicando sus fuerzas y ampliando el control del territorio y sus recursos de forma casi independiente en la provincia de Idlib. La caldera estalló con toda su virulencia ese amanecer de 2014 tras el crimen de Al Suri, momento en el que el egipcio Ayman al Zawahiri, sucesor de Osama bin Laden, desacreditó a Al Baghdadi (The Washington Post, 2014) y éste decidió proclamarse califa desde el púlpito de la mezquita de Mosul.

“La hostilidad entre los dos grupos se exacerbó al ampliarse las luchas intestinas que dominaron la rebelión en Siria a lo largo de 2013 y en los primeros meses de 2014”, explica Hassan Hassan. “Al Zawahiri y la sección siria prefirieron trabajar de forma estrecha con grupos de ideas afines en Siria.... Fue en esta época en la que aparecieron por primera vez etiquetas peyorativas contra la organización de Al Baghdadi, como Daesh (un acrónimo despectivo en árabe que significa dureza) y Jariyi (en alusión a un grupo que se separó de la ortodoxia en los primeros tiempos del islam). Ambos reflejan la

enorme preocupación que el mundo árabe y musulmán tenía por las agresivas tácticas contra los rebeldes que Estado Islámico empleaba en Siria”, argumenta en un largo artículo (CTC, 2018).

La apuesta por Al Qaida, y sobre todo el apoyo de Turquía, concedieron a Al Golani y a sus milicianos la superioridad económica y moral necesaria para convencer y absorber en los meses siguientes a la mayoría de los diferentes grupos islamistas que combatían en el oeste de Siria, en particular en las regiones próximas a las ciudades de Aleppo e Idlib, pese al empuje del Estado Islámico en el este, gracias sobre todo al mayor músculo militar, tanto en el número de combatientes como en la potencia fuego, que le proporcionaba la nueva PSMC turca. Atraídos por una defensa estricta de los principios islámicos combinada con un intenso trabajo social de ayuda a la población y un mejor acceso a las armas a través de sus contactos tanto en Riad y Ankara, emires kurdos, chechenos e incluso uigures comenzaron a sentarse en el círculo de aliados del futuro presidente de Siria, por el que ya entonces Estados Unidos ofrecía 10 millones de dólares por su cabeza. En los prolegómenos de la denominada “Batalla de Idlib”, librada en marzo de 2015 y que supuso una victoria de prestigio sobre la coalición formada por el ejército sirio, el partido chiita libanés Hizbulah, unidades de elite iraníes y milicianos rusos-, una decena de milicias yihadistas locales e internacionales ya habían sumado sus armas a las del nuevo comandante de Al Qaida en el oeste Siria. Entre ellos, la organización local Ahrar al Sham, que entonces agrupaba a unos 15.000 hombres, y grupos de mercenarios foráneos como los chechenos Ajnad al-Kavkaz y Tarkhan’s Jamaat, o los uigures del islamista Partido Islámico del Turkistan (FRS, 2017), que persigue la independencia de China.

“En los primeros meses de 2015, la situación comenzó a mejorar para Al Qaida y sus aliados gracias a una serie de victorias militares que permitieron

expulsar al régimen sirio de amplias partes del noroeste del país”, señala Hassan Hassan en el artículo ya mencionado. “Los rebeldes liderados por el Frente al Nusra y su aliado más cercano los yihadistas de Ahrar al Sam, lograron llegar al corazón del territorio alawita en el oeste de Siria al tiempo que el Estado Islámico retrocedía en lugares como Kobane, en el este del país”, argumenta.

Triunfos bélicos que contribuyeron a propulsar, aún más, la figura de Al Golani y de su creciente milicia, y que se aprovecharon de los primeros efectos de la nueva estrategia diseñada y aplicada entonces por Washington y Tel Aviv para el conflicto en Siria, devenido ya en una partida más de mus (o de Risk) en el enrevesado tablero geoestratégico mundial. El 19 de septiembre de 2014, el Senado norteamericano aprobó un ambicioso -y traslúcido- proyecto cuyo objetivo declarado era entrenar y armar a los grupos rebeldes sirios para el combate contra el yihadismo global. El plan, que el senador demócrata y Secretario de Defensa Chuck Hagel presentó al Comité de Armamento como una ampliación de la estrategia fallida que el Pentágono había emprendido un año antes para frenar la entrada del Estado Islámico en las provincias iraquí de Erbil y la siria de Deir a-Zohr, suponía la inversión de cerca de 500 millones de dólares a fondo perdido para formar unos 5.000 milicianos, en su mayoría de pensamiento salafista, en campos de entrenamiento de Arabia Saudí similares a los que hubo en Afganistán, e insertarlos en la heterogénea y difusa oposición al régimen de Bachar al Asad. Como igualmente ya había ocurrido en el pasado, parte de ese presupuesto fue a parar, como en conflictos anteriores, a compañías privadas de seguridad militar norteamericanas, a las que abrió la puerta de Siria, y en especial a la que en ese momento era ya la tataranieta de la dinastía empresarial Blackwater.

La compañía fundada por Erik Prince había sufrido varias mutaciones y cambios de nomenclatura desde que el antiguo Navy Seal se viera obligado a

venderla en 2009. Primero fue renombrada Xe Services LLC y funcionó sin casi cambios, bajo el liderazgo de Joseph Yorio, antiguo vicepresidente de DHL y exoficial de las Fuerzas especiales del ejército norteamericano, hasta 2011, fecha en la que pasó a denominarse Academi. A principios de ese año, el principal paquete accionario había sido adquirido por un nebuloso fondo de inversiones que incluía en su consejo de administración a hombres como Jack Quinn, ex abogado de la Casa Blanca y subjefe del gabinete de la vicepresidencia; al almirante retirado y exdirector de la NSA Bobby Ray Inman, uno de los hombres claves en el Servicio de Inteligencia Militar de Estados Unidos; y al controvertido empresario tejano Red McCombs, con intereses también en el negocio del deporte. Academi ganó decenas de licitaciones ofertadas por la CIA y por las fuerzas armadas, tanto de su país como en Israel, Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudí, la gran mayoría de ellas relacionadas con la larga guerra contra el movimiento Houti en Yemen, con el permanente asedio a Gaza y Cisjordania y con los conflictos en Irak, Siria y Afganistán. Dotada de extensas y potentes divisiones de logística e inteligencia, la multinacional mercenaria colaboró igualmente con la OTAN y el gobierno en Bosnia, entre otros, e incluso actuó en la frontera con México, y se especializó en protección de convoyes, patrullaje en zonas de riesgo, entrenamiento de fuerzas especiales, transporte internacional de tropas, operaciones encubiertas de inteligencia y escolta marítima, entre otros servicios. Avanzado 2014, al tiempo que el Senado aprobaba armar a las milicias locales sirias para combatir al emergente Estado Islámico, Academi se fusionó con Triple Canopy, una PSMC creada en 2003 por veteranos de la unidad de elite estadounidense Delta Force -que contaba en ese momento con cerca de 5.000 soldados de fortuna procedentes de los Navy Seal, los Green Berets, los Rangers y los Marsoc Raides- y tomó una nueva denominación, transformándose en Constellis Holding, la mayor compañía de seguridad

militar privada de Estados Unidos y la segunda más grande del mundo tras GS4, con un valor de mercado de más de 1.800 millones de dólares (Foreign Policy, 2014). En 2016 pasó a formar parte de la cartera del multimillonario fondo de inversiones Apollo Global Management.

Existen pruebas contrastadas de que mercenarios de Academi participaron en operaciones terrestres de inteligencia previas, junto a efectivos de los servicios secretos militares israelíes, en los bombardeos sobre Siria y en asesinatos selectivos en este país y en Irak. Nueve años después, tanto Constellis Holding como Orbis, otra firma estadounidense con lazos en Carolina del Sur seguían compitiendo con GS4 y GCD por contratos similares con el ejército israelí durante el genocidio en Gaza (The Cradle, 2024).

Al desembarco de las PSMC norteamericanas y turcas, la dictadura Al Asad respondió con una llamada desesperada de socorro a Rusia, que en aquellos años se estaba sumando con prisa y sin pausa a uno de los negocios más lucrativos del mundo. Los primeros mercenarios rusos en desembarcar en Damasco lo hicieron en aquel ajetreado 2014 y pertenecían a Moran Group y Schif Group, empresas dedicadas principalmente al transporte de impedimenta y tropas, a la protección de convoyes y de todo tipo de instalaciones, especialmente petroleras. Seguidos, casi de inmediato, y tras la guerra en el Donbas, por soldados de fortuna contratados por RSB Group y por el afamado Wagner Group, que ya había demostrado su pericia -y brutal eficacia- como unidad de combate de vanguardia en la citada provincia ucraniana. Su presencia saltó a la luz pública tras la denominada “Batalla de Palmira”, que se prolongó desde 2015 a 2017 y donde los mercenarios de Yegvgeny Prigozhin fueron esenciales para el triunfo en 2017 de las tropas gubernamentales y para la recuperación de la histórica ciudad y sus maravillas arqueológicas, que habrían caído en manos del Estado Islámico. Al frente de las fuerzas del Kremlin, que

combinaban desde septiembre de ese año mercenarios rusos, árabes y extranjeros, y fuerzas regulares del ejército, estaba Serguei Rudskói, entonces director general de operaciones del Estado Mayor, y desde 2023 número dos de las Fuerzas Armadas rusas.

Referencias

- Agencia EFE. (2019). Bombardeo destapa supuesta presencia de mercenarios. <https://es-us.noticias.yahoo.com/bombardeo-destapa-supuesta-presencia-mercenarios-203654569.html>
- BBC. (2018). <https://www.bbc.com/turkce/haberler-dunya-42600391>
- BBC. (2025). Iran's abandoned bases in Syria: Years of military expansion lie in ruins. <https://www.bbc.com/news/articles/cjw4egp7lwno>
- Cagan, J., & Vogel, C. M. (2002). Creating breakthrough products: Innovation from product planning to program approval. Prentice Hall.
- Chesterman, S. (2009). From mercenaries to market: The rise and regulation of private military companies. Oxford University Press.
- CNN. (2024). Spike in Russian flights from Syria to Libyan desert base as Moscow eyes new Mediterranean hub. <https://www.cnn.com/2024/12/31/middleeast/spike-russian-flights-libya-desert-base-intl/index.html>
- CNN. (2025). US determines Sudan's RSF paramilitary group committed genocide in the country's civil war. <https://edition.cnn.com/2025/01/07/politics/us-determines-sudans-rsf-paramilitary-group-committed-genocide-in-countrys-civil-war>
- Cubukcu, S. (2025). The rise of paramilitary groups in Turkey. ResearchGate.
- EBSCO. (2025). Reflex responses. <https://www.ebsco.com/research-starters/military-history-and-science/reflex-responses>
- European Parliament. (s. f.). EU-financed Libyan Coast Guard shoots at civil search-and-rescue ship. https://www.europarl.europa.eu/doceo/document/P-10-2025-003341_EN.html
- Foreign Policy. (2014). Blackwater's descendants are doing just fine. <https://foreignpolicy.com/2014/07/01/blackwaters-descendants-are-doing-just-fine/>
- Foundation pour la Recherche Stratégique. (2017). War and opportunity: The Turkistan Islamic Party and the Syrian conflict. <https://www.frstrategie.org/en/publications/notes/war-and-opportunity->

turkistan-islamic-party-syrian-conflict-2017

- France 24. (2025, January 30). France hands over last base in Chad amid withdrawal. <https://www.france24.com/en/live-news/20250130-france-hands-over-last-base-in-chad-amid-withdrawal>
- ICOCA. (2025). The Nisour Square massacre. <https://icoca.ch/case-studies/the-nisour-square-massacre/>
- International Code of Conduct Association. (2025). The International Code of Conduct for Private Security Service Providers. <https://icoca.ch/the-code/>
- International Crisis Group. (2021). Al-Qaeda's virulent strain in Iraq. <https://www.crisisgroup.org/middle-east-north-africa/iraq/al-qaedas-virulent-strain-iraq>
- Meier, D. (2022, February). El nacimiento de la heterarquía. *Le Monde Diplomatique en Español*. <https://mondiplo.com/el-nacimiento-de-la-heterarquia>
- Mitchell, N. J., Carey, S. C., & Butler, C. K. (2014). The impact of pro-government militias on human rights violations. *International Interactions*, 40(5), 812–836. <https://doi.org/10.1080/03050629.2014.932783>
- Rice, X. (2006). Terror link of village spared by Janjaweed. *The Guardian*. <https://www.theguardian.com/world/2006/may/21/sudan.theobserver>
- Scahill, J. (2009). *Blackwater: The rise of the world's most powerful mercenary army*. Bold Type Books.
- SIPRI. (2020). Trends in international arms transfers, 2019. <https://www.sipri.org/publications/2020/sipri-fact-sheets/trends-international-arms-transfers-2019>
- Syrian Observatory for Human Rights. (2020). 151 Turkish-backed Syrian mercenaries killed in Libya battles. <https://www.syria-hr.com/en/158180/>
- The Cradle. (2024). US mercenary firms compete for “huge contracts” to control security in north Gaza. <https://thecradle.co/articles-id/27879>
- The Guardian. (2006). Terror link of village spared by Janjaweed. <https://www.theguardian.com/world/2006/may/21/sudan.theobserver>
- The National. (2013). Jihadis grow more dangerous as they conquer hearts in Syria. <https://www.thenationalnews.com/jihadis-grow-more-dangerous-as-they-conquer-hearts-in-syria-1.450481>
- The New York Times. (1987). Right-wing vigilantes spreading in Philippines. <https://www.nytimes.com/1987/04/04/world/right-wing-vigilantes-spreading-in-philippines.html>
- The New York Times. (2025). Haiti enlists Blackwater founder and Trump ally to take on criminal gangs. <https://www.nytimes.com/2025/05/28/us/haiti-erik-prince-blackwater-gangs.html>
- The Telegraph. (2015). Islamic State's deputy leader killed in US airstrike, White House says. <https://www.telegraph.co.uk/news/worldnews/northamerica/usa/1181771>

1/Islamic-States-deputy-leader-killed-in-US-airstrike-White-House-says.html

The Telegraph. (2024). I went to university with rebel leader Jolani – I wonder if he has really turned his back on jihad.

<https://www.telegraph.co.uk/world-news/2024/12/08/profile-abu-mohammad-al-jolani-syria-isis-jihadi/>

Thomson, J. E. (1996). *Mercenaries, pirates, and sovereigns: State-building and extraterritorial violence in early modern Europe*. Princeton University Press.

Woodworth, P. (2003). *Dirty war, clean hands: ETA, GAL and Spanish democracy* (2nd ed.). Yale University Press.